

CABECITA

Creemos los colombianos mirando cabezas, oteando desde la perspectiva infantil los diferentes seres expuestos en las festividades decembrinas. El prójimo aparece a partir de una exterioridad festiva. Se compra una cabeza de papel maché, se la lleva a la casa. Su escogencia se debe al capricho familiar. Al personaje que creemos digno de ser quemado el 31 de diciembre lo vestimos con ropajes viejos y simbólicos para darle un cuerpo poco creíble. Pero esa es su naturaleza monstruosa. Cada uno dona una prenda para el sacrificado. Lo importante es que esta cabeza de anciano, de policía, de burócrata, de padre, de Bart Simpson, etc., se constituye en un personaje que cohabita el fin de año. Pese a ser parte de una compra, esa cabecilla parece contemplarte desde el rincón emblemático de la casa. Es huésped de un día. La carga emocional del año es una cabeza de muñeco en tanto se sigue festejando y cenando. Pero habrá algunos que se resisten a este ritual y como todo lo que sucede desde lo profano de las celebraciones, hay una inversión de la fiesta. En silencio, mientras otros contagian el ambiente con ruido, contemplan otra cabeza rodando por el piso. Pedirán un deseo, en tanto la empacan cuidadosamente para ser enviada a la madre que clama por su regreso.

